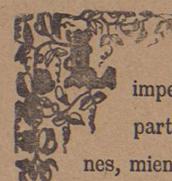




## CAPÍTULO OCTAVO

Del templo á la barra y de la barra al templo

 A situación política en Diciembre del noventa y dos está planteada por bien extraordinaria manera, enceriéndose los girondinos en la obra de impedir ó aplazar todo proceso de Luis XVI, mientras en precipitarlo por su parte los jacobinos. Así, éstos tenían una ventaja; la ventaja de sus resoluciones, mientras aquéllos una desventaja; la desventaja de sus perplejidades. Para salvar al Rey no requerían aquellos elocuentes jefes de la Gironda propósitos firmes; exigían expedientes covachuelistas. Tal nombre merece la diversión del proceso, intentada por Buzot, primero proponiendo se penase con pena capital á quien propusiese restaurar la Monarquía; después, proponiendo se proscribiese á la familia de Orleans. Mala táctica, muy mala táctica. Los aplazamientos obtenían este resultado: recrudecer la herida en el Congreso abierta con aquel gran disentimiento sobre la regia causa; impeler gentes levantiscas al Templo de los Reyes y á la barra de los convencionales, pidiendo con desvarios múltiples la muerte de Luis XVI, la muerte inmediata y sin fuicio. Entre los empujes de la Montaña y los distingos de la Gironda, el proceso adquiría una celeridad vertiginosa. Veintiún diputados la Convención designó, encargándoles redactar las preguntas dirigibles al reo, y componer un acta de implacable acusación. Después improvisó una especie de procedimiento aplicable al caso aquel, verdaderamente singular. El Rey tendría que presentarse ante la barra y que oír su acusación fiscal. Después de oída ésta, quedaríanle dos días aún para formular su defensa. Esta defensa duraría todo el tiempo juzgado necesario por el Rey para exculparse con libertad completa y con el espa-

cio y el tiempo necesarios á sus propios particulares fines. Veinticuatro horas quedaban á los convencionales para en sus adentros rumiar la defensa del Monarca y después votar el fallo supremo por medio de votación nominal en público y tras público llamamiento. Así que todos estos acuerdos se toman, el sapo siniestro de aquella monstruosa Convención, desde su banco á la tribuna salta, con verdaderas contorsiones de acróbata y serpenteos de víbora. Su ronca garganta parece un cañón de fusil muy gastado; sus frases parecían tiros de bala secos. Nada dijo, llegado á su puesto, respecto del Rey, aunque sólo del Rey se trataba en la orden del día. Revolvióse contra Roland, cuyo estoicismo tenía montado en las narices; y revuelto ya contra Roland, picándole con sus aspides venenosos y mordiéndole con sus quijadas hidrófobas, acusóle á gritos descompasados, como un graznar de cuervos, sus frases cortadas y concisas, de retener las subsistencias para oprimir y desesperar al pueblo, enfureciéndole por tal manera, que llegase hasta tumultos encrespadísimos sin causa justa, y en estos tumultos perdiese su regia presa, enviada por los traidores á extraño suelo, para que se pusiese á la cabeza de una irrupción universal contra la República y contra la Francia. Mas lo maravilloso del caso fué que Marat, desmintiendo su natural propio, y faltando á su propia historia, insinuó la necesidad de usar mucha prudencia en el regio proceso para que todas las calumnias de los reaccionarios y de los irruptores no pudieran mellar la voluntad y la conciencia del pueblo. A tales palabras, fué universal el asombro. Nadie creía en la mesura de aquel desmesurado monstruo, y en la prudencia de aquel temerario asesino. Conociéndolo él, conociendo cómo desmentía su infame fama, sacó del fondo de su pecho, para concluir, la nota maratista, siembra de sospechas primero y luego recolección de calumnias. Y, como inquisidor, acabó su arenga prudente con un resumen calumnioso. Para él estaba llena de traidores la Convención. Y como los convencionales á una le pedían designase á tales traidores por su nombre, Marat, implacable, insinuó que ya se revelarían en la votación pública y nominal respecto de la muerte del Rey. Al cabo, aquel hombre mostraba su naturaleza íntima, y proponía una prudencia bien aviesa, encaminada directamente á coger la presa con grande cautela y concluir la de un golpe, sin piedad, preparándose para luego concluir en las guillotinas ó en las matanzas, á los indulgentes, á los misericordiosos, á los que votaran por el perdón, ó votaran por el aplazamiento, como los girondinos, empeñados en que decidiesen el sufragio y el comicio populares sobre la suerte del Rey, y no la Convención republicana, poder delegado del pueblo, á quien correspondía la suprema decisión, el fallo supremo, la causa y sentencia de Luis XVI, dada su inmanente soberanía. Los más conservadores por aquella sazón estaban en lo más radical, en apelar al pueblo soberano; los más radicales, no; los más radicales á una estaban porque decidiera el proceso, cosa tan grande, no el poder supremo de la plebe francesa, el poder delegado y segundo de la Convención nacional.

Mas, dada la situación de Francia, y el estado de los ánimos, en aquel horno de la Convención solamente se cocían calumnias y más calumnias, que se precipitaban sobre todos y lo descomponían todo. No bastaban las calumnias de Saint Just, las calumnias de Robespierre, las calumnias de Marat; diputados amigos de un político tan calumniado como Dantón, se metieron también á calumniadores. Había en la Montaña un grupo dantoniano y en este grupo se asentaba Chabot, quien fraile, de antiguo exclaustro, fraile franciscano, había llevado al seno de la política, sobre todo el palacio de la Convención, sus malicias y supersticiones monásticas, tan propias de las órdenes antiguas en los días de su irremediable decadencia. Chabot no perdonaba el desvío de madame Roland por Dantón, causa de que girondinos y dantonianos desertasen de una inteligencia indispensable á los dos partidos; y buscaba medios de venganza. Bien pronto los encontró en la delación universal, que se iba extendiendo como una lepra por Francia de igual manera que se dilató en tiempo de Tiberio por la oprimida Roma. Nómada toda su vida, de aquellos que rehuyen fijarse mucho tiempo en cualquier parte para no ser conocidos; cosmopolita de los que ocultan su patria propia para ocultar sus responsabilidades morales; aventurero que se metía en todos los charcos y trataba con todos los partidos; calumniador de oficio, embustero de naturaleza, formuló de la acción infame entre madame Roland, acusándola de inteligencias con los realistas residentes en Londres para componer una banda numerosa de diez mil hombres, opuestos á la muerte del déspota, que se levantarían puñal en mano á salvar al Monarca y disolver la Convención. Chabot oyó tales disparates con toda calma y los llevó á la tribuna sin escrúpulo. Imaginaos la que armarían los girondinos viendo acusada la divina Hipatia, en cuyos labios bebía el verbo republicano y en cuya sonrisa se inspiraban para ir heroicos al combate y aceptar sin esfuerzo el martirio. La irritación de los ánimos exacerbó fuera de toda medida los discursos; al antiguo estilo de los dos Parlamentos inspirado en las academias científicas y en los salones literarios sucedió el estilo de las plazuelas; los diputados no parecían legisladores, parecían rufianes; el raciocinio no satisfacía el ánimo de los más y apelaban al insulto; el antiguo caballeresco duelo en que se cruzaban los sables y las pistolas con toda solemnidad, quedaba sustituido por el pugilato en que sólo entraba la fuerza bruta; pareciendo la Convención, no un reñidero de gallos, cacareando y sin pluma, una jaula de fieras comiéndose la carne de sus compañeros y apurando su sangre. Entre tales epilépticos escándalos, entre tantas luchas que amenazaban trocarse muy pronto en cruentas, tras aquellas orgías de frases desatentadas, veíase penetrar en la Convención el verdugo, á la manera del comendador del *Convidado de Piedra*, cogiendo de un brazo á los convencionales y llevándoselos de un tirón á la guillotina. Los girondinos daban á grito pelado con las matanzas de Septiembre, tan horribles á los montañeses, en rostro, mientras los montañeses llamaban á la espléndida suma compuesta por la Gironda montón de imbéciles, bribones, infames. «¿Qué pruebas, pregunta

ba, encarándose con Marat, Frangeneuve, tienes tu de mi maldad é infamia? La respuesta no fué dada por el interrogado; se habían las conciencias pervertido de suerte al toque con las calumnias y las delaciones dirigidas contra los mejores, que aquel Marat, tratado cual un leproso, solitario cual un pestífero, aborrecido como una fiera suelta, contaba con las tribunas, quienes se levantaron cual movidas por una sola voluntad y un solo pensamiento, increpando á los republicanos conservadores y diciéndoles toda la letanía de insultos compuesta por los demagogos sin freno en los antros de sus clubs sin vergüenza. Así tenían que oír los girondinos cómo de su lado estaban todos los realistas y todos los aristócratas; cómo renovaban la minoría feudal del primer Congreso constituyente; cómo maquinaban la reacción religiosa con los vendeanos y la irrupción extranjera con los alemanes. Tras aquellas infamias, en que los mandaban á la deshonra, no había otra cosa que hacer, sino mandarlos á la guillotina. «Los hombres puros, decía Marat, enseñando los puños á la Gironda, no temen la luz.» «Ni se ocultan en las bodegas» le respondió un girondino. «Entre vosotros, exclamó un verdadero montañés, encarándose con la Gironda, está Lafayette.» «Entre vosotros, Catilina, contestó la Gironda. Tras tamaños tumultos apareció en la barra, con toda su gracia, con toda su elocuencia, con toda su hermosura, madame Roland.

La familia Roland era quizá la familia más odiada y más odiosa entre los demagogos. El estoicismo de su jefe; la triste aridez de la imaginación en éste; la falta completa de ingenio en su alma y de amenidad en su trato; el aire catoniano que se daba siempre, aire muy zaherido por la gracia y ligereza parisienses, sus competencias en virtud con Robespierre; sus odios injustificadísimos á Dantón; la economía con que llevaba el Ministerio de la Gobernación, esencialmente corruptor allá por los tiempos de la realeza; sus exigencias de cuentas rigurosas á los ministros; sus sermones cuáqueros, haciendo de la moral asunto algo enojoso; el cuantiosísimo importe de los fondos secretos consignados para la propaganda democrática en el presupuesto y repartidos entre publicistas, muy buenos y muy sabios, pero muy pesados; la desgracia de haberle tocado bajo su ministerio las matanzas septembrinas sin prevenirlas, ni evitarlas, para luego echar maldiciones toda la vida; el robo de aquel regio guarda-mueble que también escandalizó á Francia bajo su gobierno; la temeridad increíble de haberse alzado sólo con las piezas de acusación en el armario férreo contenidas; la triste apostasía de Peche, arrancando á sus manos el ejército para ponerlo en manos de la Montaña; sus disposiciones sobre los trigos, muy científicas, pero cargadas de consecuencias tan tristes y nefastas como las que hubieran podido traer las disposiciones más empíricas, armaron en su contra tal número de odiosidades, que la circuyeron de una espesa nube tormentosa y le flagelaron sin piedad con todos los rayos y centellas de las más inverosímiles calumnias. Pero las enemigas de los demagogos con él aparecían baladíes cuando se las cotejaba con el lado de las enemigas

de los demagogos hacia su mujer. Para ellos madame Roland animaba el estoicismo de su esposo; encendía las más vivaces pasiones en el ánimo, sereno antes, de Buzot; dirigía, en guisa de amazona invisible, las huestes marselesas de Barbaroux, que si ayer expugnaran las Tullerías, ahora conspiraban á una contra la Convención; ponían sus mejores mieles en el Híbla continuo, destilado por los labios helenos del inmortal Vergniaud; urdía las intrigas con que Brissot iba tendiendo sus telas de araña alrededor de todos los montañeses para cazarlos; era el alma de las derechas en los parlamentos, y el alma de la canservación ó de la estabilidad en los gobiernos. Imagináos cuánto gusto sus enemigos tendrían viéndola gravemente acusada, como un reo, ante la Convención. Mas no habían estos demagogos contado con las seducciones connaturales á su sexo, y mucho menos con las seducciones connaturales á su persona. El hicieron mal, pues apenas se presentara, cautivó al concurso, encadenó á la Convención como una especie de Armida. No se puede llevar sobre figura tan prestante y hermosa, nimbo tal como las aureolas del genio, sin que domine y avasalle á todos tal imperioso prestigio. Bien es verdad que apeló á todos sus recursos. En la seguridad de un buen éxito, se mostró tímida, cuando allá en su corazón femenil sentíase muy satisfecha. Pero, nada tan fácil como fingir humildad á su deliberada y consciente arrogancia que irradiaban sus ojos, sus labios, su frente, su palabra, su estilo, sin que tuviera necesidad alguna de apelar á gestos artísticos, á frases retóricas, á ningún artificio. Su inocencia se traslucía en su actitud y en su acento. La sencillez de su discurso añadió precio á la verdad intrínseca suya. No acusó al acusador; se defendió sin mentarlo, ni aun aludirlo. Parecía que lanzaba nubes de oxígeno su aliento en aquel aire apestado de blasfemias. La melodía de una voz divina domesticó las fieras. El estilo de una clásica oración se sobrepuso al tabaco, al vino, al insulto, que dominaban el recinto parlamentario durante sesiones parecidas á espasmos de club. Una salva de aplausos coronó esta elocuencia griega. No parecía la Musa exclusiva de los girondinos, parecía la Musa de todos los diputados. El odio de las tribunas y del público, tan ciego, quedó desarmado. Un grito unánime salió hasta de las paredes. Así, fué absuelta. Y, al salir, todas las frentes se bajaron á la despedida, y todos los corazones latieron unisonos al afecto de una grande admiración y de una profundísima amistad. Marat, que vió aquello, volvióse á uno de sus colegas, y le dijo: «¡si seremos tontos!» Pero, el hombre que se atrevió al valor del general Dumouriez, no se atrevió al genio de Madame Roland. Y era porque viéndola ó escuchándola, no había medio de odiar á tanta hermosura, y á tanta elocuencia, y á tanta gracia. Pero el triunfo de los girondinos en este minuto grave debía resultar bien pasajero, azuzando más y más el ojeo de todos ellos, por los montañeses en aquella infernal cacería.

Buzot volvió á su empeño con la energía de voluntad que constituyera la base fundamental de su compleción psíquica, de su temperamento moral. No satisfecho con haber

mantenido un principio universal, á saber, la pena de muerte, decretada contra cuantos hablasen de restaurar la monarquía, sostuvo una medida más concreta y personal, á saber, la expulsión de los Orleanses; pero ninguno de tales propósitos obedecía en aquel momento á una convicción, obedecían todos á una táctica. Buzot y los suyos alardeaban de hipérboles republicanas para divertir la conciencia pública de su tibieza en lo relativo al proceso del Rey. Encontráronse con un pie más para mantener tales alardeos en los justamente aborrecidos Orleanses y con los Orleanses arremetieron, echando sobre sus cabezas condensaciones de cólera dirigidas á descargar la cabeza del Rey. Así comenzó diciendo Buzot que se acababan los tiranos; pero en la sociedad aquella iban quedando, por efecto de mil extrañas circunstancias, restos indelebles de verdadera tiranía. Y era necesario extirparlos. Obediente á la moda literaria, cuyo toque se hallaba en citar á cada paso un hecho histórico romano, Buzot propuso á todos los convencionales el juramento de no tolerar nuevos Reyes, como jurara en su día Roma no tolerarlos después de Tarquino. Y para más sostener este juramento, aseguró Buzot no encontrar otro medio, sino proscribir á los Orleanses, quienes, desde los comienzos de la revolución, habían visto sus personas aduladas por muchedumbres ciegas; sus bustos paseados en procesiones cívicas de una solemnidad religiosa; sus nombres invocados entre las agitaciones y espasmos de los mayores tumultos; sus príncipes expedidos al mando de los ejércitos nacionales; su fortuna empleada en el fomento de conjuraciones y motines; su apellido de Borbón llevado desde un centro político á otro centro político, remedando el plan y fortuna de los Oranges ingleses; su amistad con los soberanos y magnates de Inglaterra invocada como un germen de alianza; todo lo cual constituía gran serie de síntomas que revelaban el proyecto de sustituir la República con una monarquía usurpadora, quien alcanzase por medio de la rama segunda una sustitución de la rama primera, y estatuyese improvisada realeza, en el fondo tiránica, como todas las realezas, en sus formas constitucional ó parlamentaria. «Propongo, exclamó al concluir, que Felipe Orleans, sus hijos, su mujer y su hija, sufran en otra cualquier parte y no en esta Francia republicana, el heredado crimen de haber visto la luz del día en los dinteles del trono, cuyas máximas han mamado y cuyo poder vital han recibido, llevando un regio cognomen, el cual puede mañana servir de pabellón rebelde á los facciosos, por cuyo motivo no debe resonar aquí ahora en los oídos de un pueblo libre.» Tal discurso, dicho en apariencia contra los Orleanses, tiraba en realidad contra los jacobinos. Como su historia, su apellido, su sangre, su riqueza, su abolengo y dignidad no permitían á Felipe moderación alguna, por sus enemigos tomada siempre como resultado de propensiones fatales á la reacción, pertenecía el duque por necesidad á los más avanzados, es decir, á los jacobinos y á la Montaña. Pero los jacobinos y la Montaña, si verdaderamente á ellos pertenecía el príncipe, se descargaban á la continua con cualquier motivo del peso de la gratitud y renegaban todos los días de sus más activos protectores, si